

Mi Cristo roto.

Cuando niño mi madre me regaló un libro. La verdad es que me regaló muchos. Pero uno me impresionó, me impregnó en mi alma de niño. Tanto por su calidad literaria como por su contenido. Y recuerdo que pensaba ¡qué suerte tuvo el padre Ramón Cué con encontrarse a un Cristo roto!. Y hablaba de ese Cristo con tal claridad y clarividencia que hasta yo, niño, le entendía. Mi madre me decía que eran charlas espirituales, charlas para gentes adultas, pero que era bueno que lo leyese, que ya tenía yo doce años.... El padre Ramón Cué era un sacerdote jesuita que daba charlas

Y cuatro veces doce después, una vez mas que las negaciones de Pedro, me he encontrado a mi Cristo roto. Y recordé el libro. Sólo el título. El contenido se me escapaba. O lo había olvidado o no lo había entendido. Era muy niño, tan niño que nunca lo olvidé. Que eso de encontrarse a un Cristo roto debería ser muy importante, tan importante que tienes que asumir la responsabilidad de repararlo, de volverlo a su forma original. A veces soñaba con que me encontraba a un Cristo roto. Al despertarme entendía que mi fe no iba por esos derroteros.

Más cuando menos te lo esperas, aparece tu Cristo roto. Sin buscarlo. Fue un día cualquiera de un mes cualquiera. No era una tienda de la calle Feria de Sevilla ni la tienda de un anticuario. No era un lugar profano. Para mí fue un lugar profanado. Porque mi Cristo roto apareció en un lugar que yo he amado, un lugar donde yo he rezado, un lugar donde yo he pedido, un lugar donde yo he soñado, un lugar en que he vivido y donde aprendí a vivir. Os lo digo en voz bajita para que no se entere nadie, ese lugar lo conocéis muchos de vosotros y lo sabéis tanto como yo. Es Pilas. Es Seminario. Es capilla. Es coro. Si, en el coro, un coro lleno de colchones, sillas y suciedad. Tapado, liado en una sucia colcha. Abandonado. Alejado. Arrancado de su inmensa soledad en ese muro de piedra dura. Roto. Roto en cuerpo y alma. Roto por quienes le aman.

Me movió, me conmovió. Mucho. Más. Tanto que entendí que ese no era mi Cristo roto. Porque vi que ese era nuestro Cristo roto. El Cristo de todos y cada uno de los que pasamos por allí. Ya no tenía Cristo roto. Ya tenía el alma rota. Busqué amigos de allí para decirle que tu Cristo está roto. Nuestro Cristo está roto y olvidado. Busqué el libro del padre Ramón Cué y me dí cuenta de que su historia era bella, pero la mía era real. Me di cuenta de que la literatura cambia con la edad.

Ya somos más. Ya mi Cristo roto es de más. Ya comienza la batalla interna de cómo ayudarlo, de qué hacer. Robarlo no está bien. Mirándole me decía que el fin no justifica los medios. Y si fuese así una vez robado ¿qué haría?. Hablamos. Vamos a pedirlo. No nos oyen. Son sordos con las situaciones incómodas. Nadie tiene autoridad. Nadie tiene permiso. Tiempo y dolor. Espera. Sabemos de nuestro Cristo roto pero no sabemos cómo ayudarlo. Cuando niños le asaeteábamos de plegarias, de peticiones. Atravesamos su cuerpo con nuestras miradas. Le mandábamos besos y oraciones. Allí tan pequeño en esa inmensa pared. ¡Cómo lo buscamos desde la luminiscencia policroma de los ventanales!. Con esa candidez y esos ojos inacabables de niño a veces hasta creía que te sonreía. Desde su dolor. Sin embargo ahora, tan a la mano y no podemos cogerlo, no podemos cuidarlo, no podemos mas que sentir una rabia incontenida. Dios, nuestro Cristo tan cerca, tan lejos.

Siempre hay un día con sol. La fe. Esa en la que yo no creía. Esa que dicen que mueve montañas. Es la que te lleva el día más tonto al lugar mas preciso. Un cambio, una inauguración, una invitación, una aceptación, un viaje, una pregunta y una respuesta afirmativa. Sí, podéis llevárselo. Alegría infinita, fe ciega. Nuestro Cristo, con nosotros. Vamos a buscar a alguien que lo mime, que lo cure. Vamos a buscar el mejor sitio para El. Vamos a llevárselo a todos y cada uno de los que por allí pasaron. Es la buena nueva. Queremos restaurar a nuestro Cristo y situarlo en su sitio. En el altar mayor. Con todos nosotros acompañándole porque es nuestro Cristo. Mirándole ahora con mirada

adulta, con mirada cansada, con mirada anciana. Pero también con mirada ilusionada, ilusionante. Con fe, sin fe. Con palabra, sin ella. Hay que estar, vamos a estar. Sólo queremos que compartas esa felicidad con la ilusión de que ese podría ser un gran día.

